CARLOS.—¿No soy ya fuerte, Isabel? Os tengo entre mis brazos y no flaqueo, cuando ayer todavía los mismos terrores de la muerte no hubieran podido arrancarme de aquí. (*Se separa.*) Esto es hecho; desafio al destino; os he tenido en mis brazos y no he flaqueado... ¡Silencio! ¿habeis oido? (*Da la una.*)

REINA.—Sólo oigo la terrible campana que suena la hora de nuestra separacion.

CARLOS.—Adios, pues, madre mia. De Gante recibireis mi primera carta, revelando el secreto de nuestras relaciones, pues quiero obrar desde ahora abiertamente con Felipe. No quiero que exista un solo secreto entre nosotros y no teneis necesidad de temer las miradas del mundo; hé aquí mi última mentira. (*Va á ponerse la máscara; el Rey se adelanta entre ellos.*)

REY.—Sí; la última. (*La Reina cae desmayada.*)

CARLOS.—(*Corre á ella y la recibe en sus brazos.*) ¿Muerta? ¡Oh cielos!

REY.—(*Con calma y frialdad al gran Inquisidor.*) Cardenal, he cumplido mi tarea; cumplid la vuestra.

(*Vase.*)

LA CONJURACION DE FIESCO.

TRADUCCION DE

JOSÉ YXART.

Ilustracion de *A. Liezen Mayer* y *E. Klimsch.*
Grabados de *H. Kaeseberg.*

PERSONAS.

ANDRÉS DÓRIA, dux de Génova, venerable anciano de 80 años; conserva algo de su fogosidad primera y el rasgo principal de su carácter es la gravedad; imperativo y conciso en sus mandatos.

GIANETTINO DÓRIA, sobrino del anterior, pretendiente á la corona ducal, de 26 años, fanfarron en sus palabras, en sus modales, en su porte; inoportuno, hinchado y áspero de condicion.

Ambos Dórias visten de color de escarlata.

FIESCO, conde de Lavagna, jefe de los conjurados, 23 años, esbelto, hermoso, en la flor de la juventud; orgulloso con decoro, amable con majestad, tratable y al propio tiempo disimulado y malicioso.

Todos los nobles visten de negro. El traje, acuchillado á la antigua alemana.

VERRINA, conjurado republicano, 60 años, grave, ardiente y sombrío; traje oscuro.

BORGOGNINO, conjurado, 20 años, noble, de carácter agradable, orgulloso, vehemente y natural.

CALCAGNO, conjurado, alto y delgado, libertino, 30 años, complaciente y osado.

SACCO, conjurado, 45 años, hombre ordinario.

LOMELLINO, confidente de Gianettino, cortesano redomado.

ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, } malcontentos.

ROMANO, pintor, independiente, libre y orgulloso.

MULEY-HASSAN, moro de Túnez, esclavo de la República, de semblante que muestra al par agudeza y malicia.

Un OFICIAL ALEMAN de la guardia del duque, ingenuo, noble, valiente y esforzado,

Tres Ciudadanos sediciosos.

LEONOR, esposa de Fiesco; 18 años, pálida, enfermiza, delgada, de exquisitos sentimientos; atrae pero no deslumbra; muestra en el semblante cierta melancolía romancesca. Viste de negro.

JULIA, condesa viuda Imperiali, dama de 25 años, alta y gruesa, coqueta, orgullosa, de belleza algo marchita y chocante; brillante pero no afable; burlona y mala. Viste de negro.

BERTA, hija de Verrina, muchacha ingenua.

ROSA, ARABELLA, } doncellas de Leonor.

VARIOS NOBLES, CIUDADANOS, ALEMANES, SOLDADOS, CRIADOS Y RATEROS.

La escena en Génova, 1547.

ACTO I.

—

ESCENA PRIMERA.

Una sala en casa de Fiesco. — Suena dentro música y tumulto de un baile.

LEONOR con antifaz.—ROSA, ARABELLA salen con vivas muestras de turbacion.

LEONOR (*arrancándose el antifaz*).

O más, ni una palabra más!... Ya es de dia. (*Se echa en una silla.*) Esto me abate por completo.

ARABELLA. — Mi buena señora...

LEONOR. — (*Levantándose.*) ¡A mis ojos!... ¡Una coqueta conocida en toda la ciudad!... ¡en faz de toda la nobleza de Génova! (*Con dolor.*) Rosa, Bella... ¡A mis ojos, arrasados en lágrimas!

ROSA. — Tomadlo por lo que realmente es; un simple galanteo.

LEONOR. — ¿Un galanteo, eh?... ¡Un galanteo aquel perpetuo cambio de miradas; aquella ansiedad con que seguia con la vista sus pasos; aquel prolongado beso en su brazo desnudo que aún guarda la marca de los ardientes labios rojos!... ¡Un galanteo! ¿eh? ¡aquel profundo estupor que le asemejaba á la estatua del

sueño, como si hubiera desaparecido para él el mundo, y se hallara solo con Julia en el vacío! ¡Esto es un galanteo!... ¡Pobre hija mia! Tú no has amado aún, y no has de enseñarme á distinguir los frívolos pasatiempos, del amor verdadero.

ROSA. — Tanto mejor, señora; con perder un marido ganais diez galanes.

LEONOR. — ¡Perderle! Porque se encienda un instante en su pecho culpable llama, ¿he de perder á Fiesco?... Anda, sal de mi presencia para siempre, lengua de víbora... ¡Un arrumaco!... ¡un galanteo!... ¿Verdad... mi buena Bella?

ARABELLA. — Claro que sí.

LEONOR. — (*Abismada en sus reflexiones.*) Pero... ¿si ella se sintiese dueña de su corazon? ¿si su nombre se hallara en el fondo de todos sus pensamientos, y la naturaleza entera lo repitiese á sus oidos á cada instante?... ¿Qué es lo que siento, Dios mio?... ¿A dónde voy á parar?... ¡Si la majestuosa belleza del mundo fuera tan sólo para él deslumbrador diamante, donde

sólo se hallara grabada su imágen!... Tal vez la ama... ¡Julia!... dame el brazo, sostenme, Bella. (*Suena de nuevo la música. Leonor se levanta.*) Escuchad, ¿no es la voz de Fiesco la que ha sonado entre la algazara? ¡Cómo puede reir así, mientras llora Leonor en la soledad!... Ah, no;... es la voz grosera de Gianettino Dória.

ARABELLA. — Verdad, señora;... vamos á otra sala.

LEONOR. — Tú palideces, Bella; tú mientes. Algo leo en vuestros ojos, y en el semblante de los genoveses algo... (*Ocultando el rostro.*) ¡Ah! sin duda saben más de lo que le es permitido oir á una esposa.

ROSA. — ¡Cómo exageran los celos!

LEONOR. — (*Con dolor.*) Cuando era todavía Fiesco, se adelantaba á veces por la calle de naranjos, á donde acudíamos á pasear alborozadas las doncellas. Reunia entonces en su persona la florida juventud de Apolo y la varonil belleza de Antinoo. Se adelantaba, digo, con nobleza y altivez, como si descansara en sus hombros la espléndida suerte de Génova. Todas le mirábamos á hurtadillas, y bajábamos los ojos apenas chocaban con los suyos, como si nos hubieran sorprendido cometiendo un sacrilegio. ¡Ay, Bella!... ¡Con qué afan recogíamos aquellas miradas! ¡Con qué envidia contábamos las que se dirigian á una vecina! Caian entre nosotras como la manzana de la discordia; las más pacíficas se enfurecian, las más indiferentes palpitaban de amor. Los celos nos arrebataban la paz que reinaba entre nosotras.

ARABELLA. — Ya lo recuerdo. Esta famosa conquista traia al retortero á todas las damas de Génova.

LEONOR. — (*Entusiasmada.*) ¡Y pensar que ahora es mio!... ¡Oh inmensa dicha que me espanta! ¡Mio el primer hombre de Génova, dotado de tales perfecciones, que reune en sí todas las grandezas de su sexo!... Oidme, muchachas. No puedo callar por más tiempo,

y voy á confiaros algo... (*con misterio*)... un proyecto. Cuando me hallé al pié del altar, junto á Fiesco, teniendo en mi mano la suya, se me ocurrió una idea, harto osado en una mujer... Este Fiesco, cuya mano descansa en la tuya... tu Fiesco... Pero, silencio ¿eh?... No vayan á saber los hombres cuán orgullosas estamos de ver cómo se rinde á nosotras su fuerza superior... Fiesco, tuyo ahora... Digo que sois unas necias si mi proyecto no os entusiasma... Fiesco libertará á Génova de sus tiranos.

ARABELLA.—(*Sorprendida.*) ¡Vaya una ocurrencia para una mujer el mismo dia de su boda!

LEONOR.—¿Te sorprende, Bella? Pues esto se le ocurrió á una novia el dia que se casó. Soy mujer, pero conozco la nobleza de mi sangre, y no puedo sufrir que la casa de los Dória pretenda sobrepujar á nuestros mayores. Grata puede sernos la clemencia con respecto á Andrés. Siga en buen hora llamándose dux de Génova. Pero Gianettino, su sobrino y heredero, es orgulloso, arrogante; Génova tiembla delante de él, y Fiesco... (*con dolor*)... ¡llorad conmigo!... Fiesco ama á su hermana.

ARABELLA.—¡Desgraciada!

LEONOR.—Id, y vereis ahora mismo, si os place, al semidios de los genoveses, sentado entre libertinos y rameras, entretenido en oir chistes obscenos y cuentos de hadas. ¡Y aquel es Fiesco!... ¡Ay de mí! Génova ha perdido un héroe, y yo un esposo.

ROSA.—Hablad más bajo. Alguien viene por la galería.

LEONOR.—(*Espantada.*) Es Fiesco... ¡Vámonos, vámonos!... Tal vez le causaria tristeza el estado de mi ánimo. (*Se va, seguida de las doncellas.*)

ESCENA II.

GIANETTINO DÓRIA con antifaz y capa verde.— Un MORO.
(Salen conversando.)

GIANETTINO.—¿Me has comprendido?

EL MORO.—Perfectamente.

GIANETTINO.—El máscara blanco.

EL MORO.—Bien.

GIANETTINO.—He dicho... el máscara blanco.

EL MORO.—Bien, bien, bien.

GIANETTINO.—Óyeme bien; donde quieras, menos aquí (*señalando el pecho*), porque errarias el golpe.

EL MORO.—Nada temais.

GIANETTINO.—Que sea certero.

EL MORO.—Quedará satisfecho.

GIANETTINO.—(*Con cierta crueldad.*) Que no padezca mucho el pobre conde.

EL MORO.—Palabra... ¿Puede saberse cuánto pesa, poco más ó menos, su cabeza en la balanza?

GIANETTINO.—Cien zequíes.

EL MORO.—(*Soplándose los dedos.*) Brrr... ligera es como pluma.

GIANETTINO.—¿Qué estás murmurando?

EL MORO.—Digo que la tarea es fácil.

GIANETTINO.—Eso corre de tu cuenta. El tal hombre es como un iman, que atrae á él los ánimos inquietos. Oye, canalla; sujétale bien, ¿eh?

EL MORO.—Pero, señor, una vez haya descargado el golpe, tendré que largarme hácia Venecia.

GIANETTINO.—Toma, pues, anticipada la paga. (*Le echa un billete de banco.*) Ha de haber muerto dentro tres dias á más tardar. (*Vase.*)

EL MORO.—(*Recogiendo el billete.*) A esto se llama tener crédito. Sin recibo fia en mi palabra de petardista ese caballero. (*Vase.*)

ESCENA III.

CALCAGNO, luego SACCO. Ambos con capas negras.

CALCAGNO. — Observo que espias todos mis pasos.

SACCO. — Y yo, que me huyes y te escondes. Oye, Calcagno. Hace algunas semanas me pareces preocupado por alguna idea que nada tiene que ver con la salvacion de la patria. Creo, hermano, que podríamos trocar secreto por secreto, sin que al cabo ninguno de los dos perdiera en ello. ¿Quieres ser franco conmigo?

CALCAGNO. — Tanto, que si tu oido no se toma la molestia de descender á mi interior, mi corazon acudirá á la lengua, á tu encuentro, hasta mitad del camino. Amo á la condesa Fiesco.

SACCO. — (*Sorprendido.*) Esto sí que no lo presumiera nunca, ni áun haciendo el recuento de todas las posibilidades imaginables. Tu eleccion me pone en un brete. Si triunfas, digo que no lo entiendo.

CALCAGNO. — Dicen que es dechado de la más austera virtud.

SACO. — Mienten. Es un libro entero sobre un tema insípido. Una de dos, Calcagno; ó renuncia á tu corazon, ó renuncia á tu empresa.

CALCAGNO. — El Conde le es infiel. Gran tercera son los celos. La conjuracion contra los Dória tendrá á Fiesco ocupado, y á mí me abrirá su palacio. Mientras él caza al lobo en el bosque, entra la zorra en su gallinero.

SACCO. — Bien previsto, por vida mia. Gracias; me excusas la vergüenza un instante. Puedo confesarte ahora lo que me avergonzaba de pensar tan sólo. Oye; si no sobreviene una revolucion, soy hombre al agua.

CALCAGNO. — ¿Tan enormes son tus deudas?

SACCO. — Tanto, que, ni que viviera ocho veces lo que he vivido, no saldaria una décima parte. Espero que un cambio en el Estado ha de ofrecerme algun desahogo, pues ya que no me ayude á pagar lo que debo, quitará á mis acreedores los medios de perseguirme.

CALCAGNO. — Enterado. Y si al fin, por suerte, Génova es libre, Sacco se hará llamar padre de la patria. Vengan ahora á pudrirme las orejas hablándome de lealtad, cuando la quiebra de un tronera y el capricho de un libertino deciden de la dicha del Estado. Pardiez, Sacco, que admiro en ambos las combinaciones de la Providencia, que salva el corazon con las úlceras de los miembros. ¿Conoce Verrina tu proyecto?

SACCO. — Como buen patriota que es. Génova, bien lo sabes tú, es como el huso, donde se enrollan sus pensamientos con viril tenacidad. Clavó su mirada de halcon en Fiesco, y á tí espera verte metido tambien en la osada trama.

CALCAGNO. — Tiene buen olfato. Ven; vamos á buscarle y aticemos con las nuestras sus ideas de libertad.

(*Se van.*)

ESCENA IV.

JULIA acalorada. — FIESCO con capa blanca corriendo tras ella.

JULIA. — ¡Lacayos! ¡Batidores!

FIESCO. — ¿A dónde vais, Condesa? ¿Qué os proponeis?

JULIA. — No es nada. (*A sus criados.*) ¡El coche!

FIESCO. — Permitidme... no es menester... ¿Estais ofendida?

JULIA. — Bah... Pero no... haceos á un lado... me estais echando á perder el vestido. ¿Ofendida yo? ¿Y quién podria ofenderme aquí?... Retiraos.

FIESCO.—(*Hincando la rodilla.*) No será sin que me tildeis de temerario.

JULIA.—(*Cruzando los brazos.*) ¡Divinamente! ¡Muy bien! ¡Admirable! A ver; que llamen á la condesa de Lavagna para que presencie esta escena. Pero, Conde, ¿qué es lo que está haciendo un hombre casado como vos? Mejor parecierais en esa actitud en el dormitorio de vuestra esposa, cuando hallara por acaso algun yerro de cuenta hojeando el calendario de vuestras caricias. ¡Vaya, alzad! Buscad á otras damas de más baja estofa. Alzad... O será tal vez que quereis expiar con vuestros obsequios las impertinencias de la Condesa.

FIESCO.—(*Levantándose.*) ¿Sus impertinencias? ¿Ha cometido alguna con vos?

JULIA.—Levantarse de repente, retirar la silla, volver la espalda á la mesa á que yo estaba sentada...

FIESCO.—Esto es imperdonable.

JULIA.—¿Y no más? (*Con sonrisa de complacencia.*) Por lo demas ¿es culpa mia que el Conde vea lo que hay?

FIESCO.—El único delito de vuestra belleza, señora, consiste en no permitir que sea contemplada enteramente.

JULIA.—Dejemos los cumplidos, Conde, puesto que habla el honor. Pido satisfaccion. ¿Me la dareis vos, ó me la dará el tonante poder del Dux?

FIESCO.—La hallareis en brazos del amor, que os pedirá perdon por los desbarros de los celos.

JULIA.—¡Los celos! ¡los celos!... ¿Qué quiere la niña? (*Haciendo dengues delante de un espejo.*) ¡Como si fuera posible alcanzar mejor prueba de su buen gusto, que viendo que es tambien el mio! (*Con altivez.*) ¡Dória y Fiesco! ¡Como si la condesa de Lavagna no debiese sentirse honrada de que la sobrina del Dux hallara su eleccion digna de envidia! (*Amigablemente y dando su mano á besar al Conde.*) Suponiendo, Conde, que tal me pareciera.

FIESCO.—(*Con viveza.*) ¡Cruel!... ¡Atormentarme así! Harto sé, divina Julia, que sólo me es permitido sentir respeto por vos. Como vasallo que soy, mi razon me impone el deber de hincar la rodilla ante el linaje de los Dória, pero mi corazon adora á la bella Julia. Amor culpable y heroico al par; asaz osado para franquear el muro que separa las jerarquías, y lanzarse hácia el sol deslumbrante del poder.

JULIA.—Vaya qué engañosas palabras sabe ensartar el Conde, que anda vacilante, con zancos... Su lengua me diviniza y su corazon palpita debajo del retrato de otra mujer.

FIESCO.—Decid mejor, señora, decid que palpita á despecho suyo debajo de este retrato y que quiere desprenderse de él. (*Coge el retrato de Leonor que cuelga de una cinta azul y lo entrega á Julia.*) Colocad esta imágen en ese altar, y así destruis el ídolo.

JULIA.—(*Coge el retrato con presteza.*) Gran sacrificio es este, palabra de honor, y merece una recompensa. (*Cuelga su retrato del cuello de Fiesco.*) Así; ahora, esclavo, ostenta la divisa de tu dueño. (*Vase.*)

FIESCO.—(*Con vehemencia.*) ¡Julia me ama!... ¡Julia!... Ya no envidio á dios alguno. (*Se pasea alborozado por la sala.*) Celebren esta noche los dioses su carnaval, y realice el júbilo su obra maestra. ¡Hola! (*Salen algunos criados.*) ¡A ver! Inundad el suelo de esta sala con néctar de Chipre, y haced que la música despierte á la noche de su sueño de plomo, y millares de antorchas avergüencen á la aurora!... Quiero que la alegría sea general, y que la danza báquica con vertiginoso tumulto derribe el imperio de la muerte. (*Vase.*)

(Rompe la música con estrepitoso *allegro*. Se descorre un telon del fondo y aparece una sala iluminada donde bailan en tropel gran número de máscaras. A ambos lados, y en torno de las mesas de juego y del banquete, figuran los convidados.)

ESCENA V.

GIANETTINO, medio borracho. LOMELLINO, ZIBO, ZENTURIONE, VERRINA, SACCO, CALCAGNO (todos disfrazados).—Muchedumbre de damas y caballeros.

GIANETTINO.—(*Con voz estrepitosa.*) ¡Bravo! ¡bravo!... Mana el vino que es un primor... Las bailarinas brincan *à merveille* (1). Vaya alguno de vosotros á propagar por Génova la noticia de que estoy de buen humor, y que ya pueden divertirse. ¡Por vida mia! Van á marcar con lápiz rojo este dia en el calendario y á escribir debajo: «En esta fecha estuvo alegre el príncipe Dória.»

LOS CONVIDADOS.—(*Haciendo chocar las copas.*) Brindamos por la República. (*Música.*)

GIANETTINO.—(*Arrojando con violencia su copa contra el suelo.*) Ahí teneis los pedazos.

(*Tres enmascarados se levantan y rodean á Gianettino.*)

LOMELLINO.—(*Llevándole hácia las candilejas.*) Señor, hace poco me hablabais de una mujer que hallasteis en la iglesia de San Lorenzo.

GIANETTINO.— Verdad, camarada, y me es necesario conocerla.

LOMELLINO.—Yo puedo procurarla á Vuesencia.

GIANETTINO.—(*Con viveza.*) ¿Lo puedes? ¿Lo puedes?... Últimamente me pedias el cargo de procurador; tuyo será.

LOMELLINO.—Monseñor, es el segundo cargo del Estado, y lo solicitan más de sesenta nobles, todos más ricos y considerados que el humilde servidor de Vuesencia.

(1) En frances está en el original.

GIANETTINO.—(*Interrumpiéndole airado.*) ¡Truenos y Dória! Tú serás procurador. (*Los tres enmascarados se adelantan.*) ¡Vaya con la nobleza de Génova! Ya puede echar en la balanza sus escudos y hasta sus abuelos si quiere; un pelo de la blanca barba de mi tio será bastante á que el platillo suba. Yo quiero que tú seas procurador, lo cual equivale á todos los votos de la nobleza.

LOMELLINO.—(*En voz baja.*) Esta doncella es la única hija de un tal Verrina.

GIANETTINO.—Es hermosa, y ha de ser mia, mas que se oponga el infierno.

LOMELLINO.—Pensadlo bien, señor; es la única hija del republicano más testarudo que he visto.

GIANETTINO.—¡Véte al diablo con tu republicano!... ¡Entre la cólera de un vasallo y mi pasion... mira tú! Es como si debiera derrumbarse el faro con las pedradas de los chicuelos. (*Los tres enmascarados se adelantan agitados.*) ¡Pues qué!... Bueno fuera que el duque Andrés hubiese recibido en el combate sus heridas á cuenta de estos miserables republicanos, porque despues el sobrino se viese obligado á mendigar el favor de sus esposas y de sus hijas. ¡Truenos y Dória! Fuerza es que renuncien á esta satisfaccion, ó he de plantar sobre el cadáver de mi tio una horca, donde patalee hasta morir la libertad de Génova! (*Los tres enmascarados se retiran.*)

LOMELLINO.—Ahora está sola la niña. A su padre le tenemos aquí. Es uno de los tres enmascarados.

GIANETTINO.—Todo va á medida de mi gusto, Lomellino. Llévame al instante á su casa.

LOMELLINO.—Pero vos buscais una manceba, y vais á encontraros con una mujer sentimental.

GIANETTINO.—La fuerza es la mejor elocuencia... Llévame allá inmediatamente.. Quiero ver á ese perro de republicano que se atreve con el oso de los Dória...

(*Se encuentra con Fiesco en el umbral.*) ¿Dónde está la Condesa?

ESCENA VI.

Dichos.—FIESCO.

FIESCO.—La he acompañado hasta el carruaje. (*Coge á Gianettino la mano, y la aprieta contra su corazon.*) Príncipe, estoy atado á vuestro servicio con dobles cadenas. Gianettino impera en mí y en Génova, y vuestra amable hermana en mi corazon.

LOMELLINO.—Fiesco se ha vuelto un epicúreo rematado. Mucho ha perdido en ello la buena sociedad.

FIESCO.—Pero no Fiesco. Vivir es soñar, Lomellino, y lo más cuerdo soñar agradablemente. ¿Dónde estará uno mejor? ¿Bajo los rayos del trono, y junto á la máquina del gobierno que rechina sin parar y ensordece los oidos, ó en los brazos de lánguida beldad? Reine en buen hora, en Génova, Gianettino Dória; Fiesco, por su parte, se reserva el placer de amar.

GIANETTINO.—Vámonos, Lomellino. Es media noche y el tiempo pasa. Gracias por tu recepcion; salgo en extremo complacido, Lavagna.

FIESCO.—Con ello veo colmados mis deseos, Príncipe.

GIANETTINO.—Vaya, pues; buenas noches. Mañana se juega en casa Dória, y queda invitado Fiesco. Vamos, Procurador.

FIESCO.—¡Música!... ¡Aquí, luces!

GIANETTINO.—(*Con altivez, pasando por entre los enmascarados.*) ¡Paso, en nombre del Duque!

Uno de los Enmascarados murmura:—En el infierno, pero no en Génova.

Movimiento entre los convidados.—El Príncipe se va. Buenas noches, Lavagna. (*Se van en tropel.*)

ESCENA VII.

Los tres ENMASCARADOS.

(*Pausa.*)

FIESCO.—Advierto que hay aquí algunos convidados que no participan del júbilo de mis fiestas.

LOS ENMASCARADOS.—(*Murmuran para sí con despecho.*) Ni uno sólo.

FIESCO.—¿Cómo puede salir de aquí descontento un genovés, á despecho mio? ¡Ea, lacayos! comience de nuevo la danza y llenad las grandes copas. No quisiera que nadie se fastidiara aquí... ¿Quereis alegrar los ojos con fuegos artificiales, ó preferis tal vez recrearos con los chistes de mi bufon? Quizá os distraiga la conversacion de las damas; ó bien os parece mejor que nos sentemos á la mesa del juego para abreviar las horas.

UN ENMASCARADO.—Estamos habituados á contarlas por nuestras acciones.

FIESCO.—¡Varonil respuesta!... ¡Ah! es Verrina.

VERRINA.—(*Quitándose el antifaz.*) Antes reconoce Fiesco á sus amigos bajo el antifaz, que ellos á él con el suyo.

FIESCO.—No comprendo lo que dices, pero... ¿Qué significa ese crespon atado al brazo?... ¿Será que Verrina ha perdido algun pariente, sin que lo sepa Fiesco?

VERRINA.—Una noticia de duelo no es propia de tus alegres fiestas.

FIESCO.—¡Pero si tu amigo te la pregunta! (*Le toma la mano con viveza.*) Amigo de mi alma, ¿quién se nos ha muerto á ambos?

VERRINA.—¡A ambos!... ¡A ambos!... Harto es

verdad lo que dices. Pero no todos los hijos lloran á su madre.

FIESCO. — ¡ Tu madre !... Si ha muerto hace tiempo.

VERRINA. — (*Con intencion.*) Creí que Fiesco me llamaba hermano, porque era hijo de mi patria.

FIESCO. — (*Chanceándose.*) ¡ Ah !... te referias á eso. Se trataba de una chanza. Llevas luto por Génova. Verdad que Génova está agonizando. ¡Ocurrencia nueva y original!... Veo que nuestro primo empieza á mostrar ingenio.

CALCAGNO. — Hablo seriamente, Fiesco.

FIESCO. — Sin duda, sin duda, esto es; basta ver su aspecto triste y lacrimoso. Nada vale un chiste, si el mismo que lo dice lo celebra á carcajadas. ¡ Qué cara de entierro! ¡ Quién habia de decir que el sombrío Verrina habia de volverse tan alegre pájaro, cuando viejo!

SACCO. — Vámonos, Verrina. Fiesco no será jamás de los nuestros.

FIESCO. — Pero separémonos al menos como alegres camaradas. Seamos como aquellos herederos astutos, que siguen el féretro sollozando, mientras se rien para su capote. ¿ Qué nos importa que debamos soportar una mala madrastra? Dejaremos que gruña, y nos daremos á la buena vida.

VERRINA. — (*Con viva emocion.*) ¡ Por el cielo !... ¡ Y estarnos con las manos cruzadas! ¿ Qué fué de aquel Fiesco, de aquel poderoso enemigo de los tiranos? Recuerdo que hubo un tiempo en que la vista de una corona te ponia malo. Si así se corrompen los caracteres, yo, hijo degenerado de la República, no doy un ardite de mi inmortalidad. Tú responderás de ella.

FIESCO. — Eres un caviloso. ¿ Qué importa, dime, que se meta Génova en peso en los bolsillos y la venda á un corsario de Túnez? En tanto beberemos vino de Chipre en brazos de lindas muchachas.

VERRINA. — (*Mirándole muy serio.*) ¿ Esto piensas realmente?

FIESCO. — ¿ Y por qué no, amigo mio? ¿ Es gran dicha ser sustentáculo de este animal de mil piés que llaman República? Demos las gracias á quien le presta alas con que volar y exime á los piés de su oficio. Así mientras Gianettino Dória sea dux, no encaneceremos nosotros con los negocios de Estado.

VERRINA. — ¡ Pero, Fiesco !... ¿ esto piensas realmente?

FIESCO. — Andrés adoptó por hijo y heredero á su sobrino. ¿ Quién será tan loco que vaya á disputarle la herencia?

VERRINA. — (*Con visible descontento.*) Entonces vamos, genoveses. (*Vuelve la espalda á Fiesco de golpe; los demas le siguen.*)

FIESCO. — ¡ Verrina !... ¡ Verrina !... Duro es como el acero este republicano.

ESCENA VIII.

FIESCO. — Un ENMASCARADO.

EL ENMASCARADO. — ¿ Podeis disponer de unos minutos, Lavagna?

FIESCO. — (*Con cumplido.*) Por vos, de una hora.

EL ENMASCARADO. — ¿ Tendreis la bondad de dar un paseo conmigo, fuera de la ciudad?

FIESCO. — Son las doce menos diez.

EL ENMASCARADO. — ¿ Me hareis este favor, Conde?

FIESCO. — Voy á decir que enganchen.

EL ENMASCARADO. — No es necesario. Ya mandé por delante un caballo, y es lo que basta, porque espero que sólo volverá uno de los dos.

FIESCO. — (*Sorprendido.*) Y...

El Enmascarado.—Alguien va á pediros cuentas con sangre, de ciertas lágrimas.

Fiesco.—¿Qué lágrimas?

El Enmascarado. — Las de cierta condesa de Lavagna. Conozco perfectamente á esta dama y quisiera saber cómo ha merecido ser sacrificada á una loca.

Fiesco.—Ahora lo comprendo. ¿Puedo preguntar el nombre de tan extraño provocador?

El Enmascarado.—Es el mismo que adoró un tiempo á la hija de Zibo, y que se retiró cuando vino Fiesco á ofrecerla su mano.

Fiesco.—Escipion Borgognino.

El Enmascarado.—(*Quitándose el antifaz.*) Él es, quien pretende ahora borrar la vergüenza que le causó retirarse delante de un rival, que, con pésimo consejo, se entretiene en atormentar á la misma bondad.

Fiesco.—(*Abrazándole con calor.*) ¡Noble mancebo!... Bendigo las penas de mi mujer, ya que me ofrecen ocasion de conocer á persona tan digna. Comprendo la belleza de vuestra accion, pero os anuncio que no me batiré.

Borgognino.—(*Retrocediendo.*) ¿Será el conde de Lavagna tan cobarde, que no se atreva á exponerse á mis primeras armas?

Fiesco.—Borgognino, me expondria contra el poder de Francia entera, y no contra vos. Respeto este noble ardor en defensa de una persona amada y confieso que vuestra intencion merece una corona, pero batirnos fuera pueril.

Borgognino.—(*Irritado.*) ¡Pueril, Conde! Si nada puede la mujer que no sea llorar el ultraje, ¿para qué está el hombre?

Fiesco.—Muy bien dicho, pero yo no me bato.

Borgognino.—(*Le vuelve la espalda, y hace que se va.*) Y yo os despreciaré.

Fiesco.—(*Con viveza.*) ¡Vive Dios! Eso nunca, mancebo, aunque en ello debiera perder algo la virtud. (*Asiéndole la mano.*) ¿Habeis sentido por mí algo como... ¿qué diré... como respeto?

Borgognino.—¿Acaso cediera el puesto á otro alguno, si no le hubiese tenido por el primero?

Fiesco.—Pues bien, amigo mio; difícil me seria despreciar á quien hubiese merecido una sola vez mi respeto. Creeria desde luego que la trama de un hábil maestro ha de estar muy artísticamente tejida, y que no es fácil sea patente y clara á los ojos de un aprendiz. Idos á casa, Borgognino, y tomaos tiempo para reflexionar por qué Fiesco ha obrado así y no de otro modo. (*Borgognino se retira silencioso.*) Vé, noble mancebo. Si arden todavía tales corazones por la patria, ya pueden los Dória cuidar de su seguridad.

ESCENA IX.

FIESCO.—El MORO sale tímidamente y mirando receloso en torno suyo.

Fiesco.—(*Le observa largo rato con penetrante mirada.*) ¿Qué quieres, y quién eres?

El Moro.—Un esclavo de la República.

Fiesco.—Miserable condicion la del esclavo. (*Mirándole siempre fijamente.*) ¿Qué buscas?

El Moro.—Señor, yo soy un hombre honrado.

Fiesco.—Trata siempre de defender tu rostro con semejante escudo; no estará de más. Pero ¿qué buscas aquí?

El Moro.—(*Intenta acercarse, y Fiesco se aparta.*) Señor, yo no soy un malvado.

Fiesco.—Bien haces en decirlo, aunque no basta... Pero... ¿qué estás buscando?

El Moro.—(*Se acerca de nuevo.*) ¿Sois vos el conde de Lavagna?